

OCTAVIO GIL FARRES

(Madrid)

## Extracción de pinturas murales célticas

En el mes de Septiembre de 1950 concluyó la cuarta campaña de excavaciones que con singular acierto viene dirigiendo el doctor Taracena en el poblado céltico del «Alto de la Cruz» (Cortes), y cuyo patrocinio corresponde a la Institución Príncipe de Viana (Diputación Foral de Navarra).

Al finalizar dicho mes, la parte excavada comprendía una superficie de un total de seiscientos metros cuadrados, con una profundidad, de cerca de seis metros con un total de ocho niveles de poblados superpuestos que rara vez coinciden en planta. Además, nuevos trabajos iniciados en Mayo último comprenden otro tanto de superficie, habiéndose excavado por completo los cuatro primeros niveles. En presencia de estos datos podemos afirmar que la obra realizada alcanza ya los 7.200 metros cuadrados, o sea casi dos tercios de una hectárea, extensión inigualada en cualquier otra excavación española actual en curso.

Mediado Septiembre se comenzó la excavación del estrato «B», el cuarto contando desde la cumbre del *tell* y el de mayor riqueza de hallazgos. Por anomalía no explicable en aquel momento, era una realidad la carencia de materiales cerámicos, hasta que se pudo observar que el enlace de los suelos descubiertos con los respectivos de lo anteriormente excavado acusaba la diferencia de unos 40 centímetros, al mismo tiempo que los muros de una y otra fase excavatoria chocaban en lugar de seguir formando habitaciones; ello daba a entender la existencia de un nivel «B 2» no existente en el primer sector.

Latente esta novedosa preocupación, y ya casi excavado el sector propuesto, se decidió operar en el ángulo N. E., cuyo pequeño desnivel de tierra auguraba pobres hallazgos y tal vez ninguna vivienda.

Sin embargo, fué en este sector donde se produjo la mayor sorpresa. Comenzó a aparecer un murete muy bajo, luego su correspondiente suelo seguía horizontal, en lugar de la inclinación ascendente que hasta entonces se había acusado, proporcionando un desnivel que iba en aumento en dirección al centro del cerro y por ello se tuvo la fortuna de descombrar dos amplias habitaciones cuadradas, las mayores de este tipo descubiertas hasta la fecha.

Ambas son contiguas y están separadas en la actualidad por una doble pared, común, pero en la época de su construcción consistían en dos muros independientes, preludio del sistema que luego se haría costumbre en los países de habla vasca. Estas habitaciones ofrecen salidas hacia el sur y puertas de comunicación con otras cámaras (aun no excavadas), hacia el norte. En la habitación occidental apareció cebada quemada en cantidad superior al medio metro cúbico, pero lo verdaderamente extraordinario fué el hallazgo en ambas de pinturas parietales.

Hasta dicho momento, el único dato que poseíamos de pintura mural consistía en un fragmento de unos siete centímetros de longitud, hallado en el interior de una habitación en la campaña pasada. Presentaba engobe blanco y dos cintas encarnadas paralelas, por todo adorno. En principio se sospechó fuera resto de alguna vasija, pues también han aparecido de gran tamaño y pintadas, secadas simplemente *in situ*. Pero la flojedad excesiva de la tierra que componía el trozo, así como su superficie enteramente plana, nos indujo a pensar ya en la existencia de pinturas murales.

Lo descubierto en Septiembre último es realmente extraordinario. Desde el suelo hasta unos 40 centímetros de altura aparecen las paredes con el acostumbrado baño de engobe blanquecino y, encima, pinturas geométricas agrupadas de tres en tres, que se sitúan en la zona superior del mismo. En la habitación oriental se extienden por tres muros y en la occidental por el del norte, en el lado contiguo a la anterior. No habiéndose publicado todavía la «Memoria» correspondiente a esta excavación omito deliberadamente dibujos y fotografías de las mismas.

Los muros en que cabalgan las pinturas citadas se forman de adobes, o simplemente de tapial, como en lo restante del *tell*, dificultando en gran manera la labor excavatoria. En las habitaciones co-

rrientes que, en general, constituyen viviendas monocelulares, las caras exteriores de los adobes no presentan ninguna particularidad especial, salvo una especie de espolvoreado blanquecino, muy tenue, resultado de la descomposición de las pajas empleadas en la confección de los adobes; procedimiento seguido hasta nuestros días. En otras más lujosas suele exhibirse un baño de estuco, hasta el presente sólo en la parte baja, formando una franja de 30 a 40 centímetros de anchura, baño realmente constituido por una lechada de cal que se mezcla de antemano con alguna materia colorante, proporcionando en cada caso una tonalidad negra, gris oscura o clara y blanca. La poca duración de este complemento se comprueba por el hallazgo de numerosas capas superpuestas de colores diferentes.

En la ocasión presente, entre la pared propiamente dicha y el baño existía una zona de ceniza de un centímetro de grosor, acaso empleada para evitar movimientos a la capa de pintura que, incluso, ha aparecido recompuesta en varios lugares. En realidad su consistencia es tan débil que sorprende su perduración. No creo que esta ceniza sea resto de un primitivo tabique de materia vegetal, pues de haberse quemado su contracción habría producido indefectiblemente la caída de la pintura. Por otro lado, la aparición de tanta ceniza quemada hace pensar en un incendio, pero tampoco se acusa en las paredes. Lo más probable es que, de haberse producido, atacaría exclusivamente a la techumbre que caería al suelo juntamente con las partes altas de las paredes, sepultando las pinturas. Sólo así puede comprenderse que éstas se hayan librado de la destrucción.

Descubiertas las pinturas y sacadas las pertinentes fotografías y dibujos, se presentaba el grave problema de su extracción. Preservarlas de la intemperie y esperar hasta la próxima campaña suponía indudablemente su pérdida irremediable. Entonces se pensó sacarlas por el procedimiento empleado con las pinturas murales románicas y góticas, pero este sistema, aplicable con éxito en paredes consistentes y cuya dureza no se ve perjudicada al contacto de los paños engomados, no podía utilizarse en este caso, ya que solamente la adherencia de la tela podía ocasionar la caída de una parte o de todo un grupo pictórico y su desmenuzamiento definitivo. Este trabajo se habría realizado, desde luego, por personal especializado, pero como coincidía con el término de la campaña y, en consecuencia, su abandono temporal, así como con la aparición de las lluvias, que por cierto llegaron y torrencialmente el mismo día de su extracción, tuve

que pensar en un procedimiento rápido y acorde con los medios de que disponía en aquellos momentos.

Por estas circunstancias y obligado por la premura de tiempo me vi obligado a extraerlas sin personal ajeno y ateniéndome siempre al principio de que todo lo que imaginase había de evitar el contacto con las pinturas en evitación de mayores inconvenientes.

Después de dar muchas vueltas al asunto se me ocurrió confeccionar unas cajas de madera en las que tapa y fondo entrasen a tornillo a fin de utilizarlas en principio como simples marcos. Realizada una extracción con todo éxito, como ensayo, se me autorizó la extracción de los restantes grupos, labor que emprendí al día siguiente de concluída la excavación con la única pero eficazísima ayuda de nuestro capataz de trabajos arqueológicos don Esteban Zubieta.

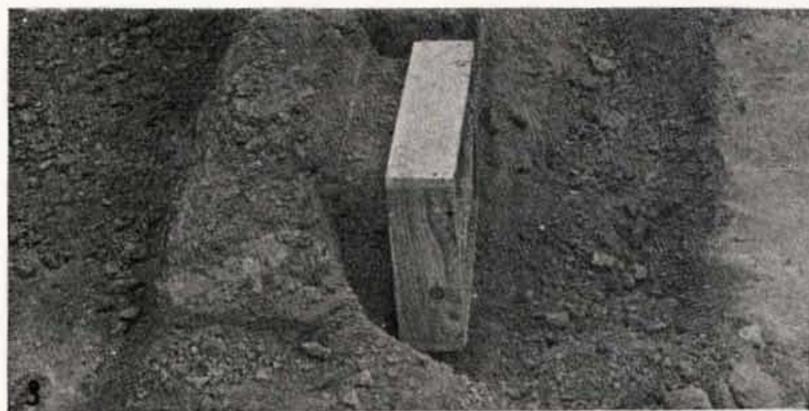
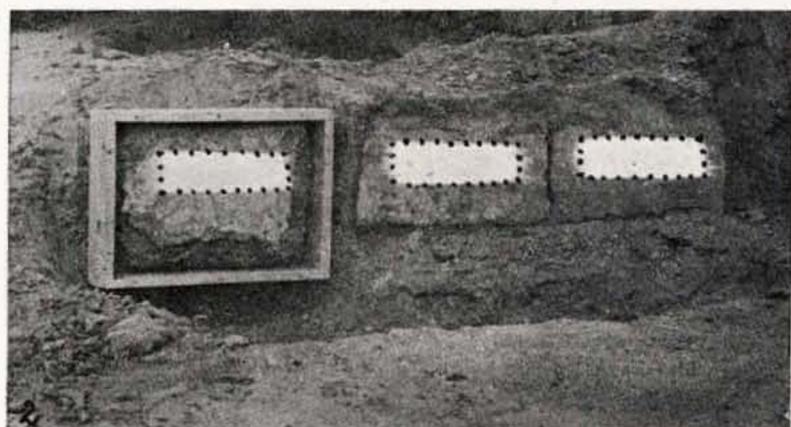
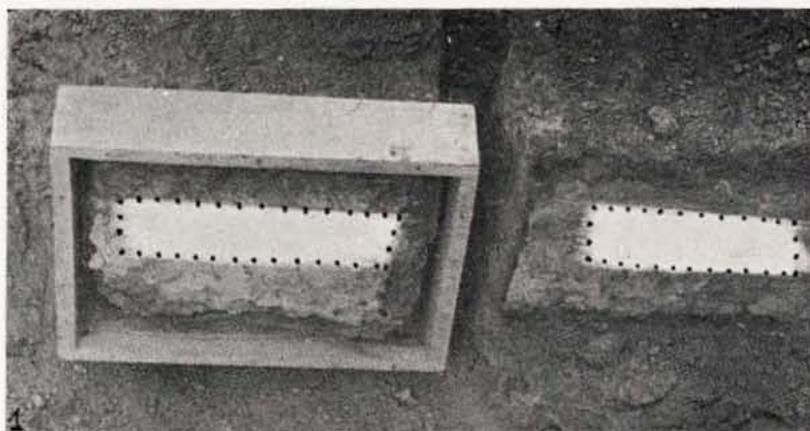
He aquí, en síntesis, el proceso de extracción: Primero delimitamos cada grupo por su exterior, con uno de los marcos, y a continuación lo vamos destacando del resto de la pared, por sus cuatro costados, a punta de cuchillo, de modo que quede únicamente unido por su fondo. Cuando la profundidad alcanzada es idéntica a la anchura del marco, remetemos éste, quedando ya las pinturas encerradas en la caja (Lám. I). Como puede suponerse, el riesgo principal del procedimiento ideado radica en la posibilidad de un desgajamiento del bloque resaltado, pero por fortuna la compacidad del adobe, o del tapial, convierte toda la tierra de la pared en una masa continua. Inmediatamente rellenamos con tierra el hueco excavado por bajo de la base de la caja, para evitar movimientos de la misma, ya que ahora viene una de las fases más peligrosas respecto del bloque: su liberación total del grueso de la pared. Aunque no lo parezca, ésta es la labor más delicada, pues la acción del cuchillo se deja sentir mucho más que antes en el alma del bloque y puede ocasionar su rotura. Por ello procuramos actuar siempre en sentido paralelo al marco, pues aunque resulta el procedimiento más dificultoso es también el que afecta menos al interior de la caja. Al término de esta tarea, atornillamos el fondo de la misma, verticalmente, con las pinturas todavía *in situ* y, acto seguido, ya podemos trasladarla de lugar y situarla horizontalmente. Los intersticios ocasionales se rellenan con arena y piedras para evitar movimientos peligrosos, y luego cubrimos la superficie pintada con hojas de papel fino; si hay lugar, el ámbito existente hasta la tapa lo ocupamos también con arena fina, que no consigue rayar las pinturas. Su leve peso en nada

afecta a la conservación de éstas y, en cambio, es de gran utilidad para asegurarnos una inmovilidad absoluta.

Si no recuerdo mal, los bloques extraídos suman siete, debiendo añadir dos cajas más con fragmentos caídos o con otros cuyas pinturas no merecían el laborioso trabajo de su extracción a punta de cuchillo. Asentados en gruesas capas de arena fina y cubiertos también con hojas de papel que luego soportan nueva capa de arena pudimos colocar varias series en cada caja sin que el peso de las superiores se acusara en las de abajo por ir todos los fragmentos embebidos en la arena de su propio asiento.

Volviendo al sistema de extracción, sólo me queda por decir que, a pesar de las dificultades ya enunciadas, resulta relativamente práctico y muy económico; además, en aquellas circunstancias apremiantes era el único que consideré viable. Si, como creo, aparecen nuevas pinturas en las habitaciones contiguas, habrá llegado el momento de intentar otros procedimientos que tal vez sirvan para encontrar un sistema definitivo que sea cómodo y eficaz.





Diversas fases de la extracción de pinturas murales célticas

(Fotografías del autor)